

LETRAS

letrillas

LETRONES

CARTA DE MADRID

De memoria locuaz leída

Ahora sí ha terminado el siglo XX, y por tanto voy a permitirme hacer aquí mi lista de obras literarias fundamentales de estos cien años, contestando así, de paso, a los lectores que a veces me piden orientación para sus lecturas (me disculpo con los no interesados). Me voy a guiar por la memoria, sin ni siquiera levantarme a mirotrear la biblioteca: eso será prueba de que lo que recuerde al instante, me dejó huella. No hace falta decir que no lo he leído todo (no lo ha hecho nadie).

1 y 2) Joseph Conrad y Henry James, pese a las apariencias, publicaron mucho en el siglo XX; así que del primero casi nada tiene desperdicio, y no se deben hacer ascos a su más famosa novela, *Lord Jim*. Pero dos títulos más breves, *El corazón de las tinieblas* y *La línea de sombra*, han de ser leídos por quien quiera aso-

marse al Mal (pero al Mal sin aspavientos ni demonios). Del segundo, James, busquen más los cuentos que las novelas, aunque éstas sean de enorme virtuosismo. Y *La vuelta de tuerca*, que no es lo uno ni lo otro sino algo intermedio, les enseñará que el Mal es incomprendible, aunque pueda verse.

3 y 4) *En busca del tiempo perdido* es seguramente el libro más verdadero y cruel de todos (cruel por verdadero), y sólo deben acercarse a él los fuertes, esto es, quienes estén dispuestos a saber de la vida. No importa que no lo acaben —siete extensos volúmenes—, ya sabrán demasiado con sólo el primero. (Eso sí, absténganse de la reciente y pedestre traducción de Mauro Armiño, se los ruego). En cuanto a Thomas Mann, a quien no profeso gran simpatía personal, escribió dos novelas tan sabias que no pueden omitirse, *La montaña mágica* y *Doctor Faustus*. Se precisa paciencia.

5 y 6) No es posible dejar atrás el siglo sin pasar por *El guardián en el centeno*

y los *Nueve cuentos* de Jerome David Salinger. Tal vez no sea una obra maestra el primero, pero su influencia ha sido descomunal, y no sólo literaria: todo el mundo que lo lee (pero sobre todo los jóvenes) se siente identificado con su narrador. Y, siendo tan distinta la gente, eso tiene mérito, además de misterio. De Vladimir Nabokov recomendaría *Lolita*, que pese a antiguos escándalos y tergiversaciones posteriores, yo veo, más que nada, como la historia de una fidelidad, tan dura como melancólica como lírica.

7 y 8) En mi opinión pueden pasarse sin el *Ulises* de James Joyce, pero no sin su volumen de cuentos *Dublineses*, más que nada por el titulado “Los muertos”, en el que se aprende a convivir con éstos cuando —valga la paradoja— están todavía vivos. En cuanto a William Faulkner, sólo deben atreverse con él quienes tengan largo aliento y no teman los torbellinos: los de *Luz de agosto*, *¡Absalón, Absalón!*, *Las palmeras salvajes*...

9 y 10) De don Ramón del Valle-Inclán no conviene perderse *Tirano Banderas*, porque así se ahorra uno, además, todas las novelas latinoamericanas sobre dictadores. Ni tampoco *Luces de Bobemia*, ni las *Comedias bárbaras* (y eso que detesto el teatro). Es el castellano más fiero escrito en cien años. Respecto a Franz Kafka, pocos autores han determinado más el siglo. Pero yo prefiero sus piezas cortas a sus novelas largas: no sólo *La metamorfosis*, también “En la colonia penitenciaria”.

11 y 12) Como hay menos costumbre de leer poesía, la limitaré al máximo: pero *La tierra baldía* y los *Cuatro cuartetos*, de Thomas Stearns Eliot, son el mejor complemento a Proust para entender el tiempo (eviten la traducción de Valverde, o eviten *todas*, lamentablemente). En cuanto a las *Elegías de Duino*, de Rainer Maria Rilke, es uno de los contados textos que me permitirían emplear la palabra “belleza”, que normalmente me prohíbo. (Recomiendo la vieja y modesta versión de Ferreiro Alemparte).

13 y 14) La menospreciada obra de la danesa Isak Dinesen, o Karen Blixen, es para mí, sin embargo, el hilo de la

continuidad de todos los cuentos, desde *Las mil y una noches* en adelante; léanlo todo. Y del austriaco Thomas Bernhard se hace uno adicto o bien no lo soporta. A mí me pasa lo primero, me río y me espanto con sus exageraciones sombrías: *Trastorno*, *Extinción*, *Maestros antiguos*... Prueben uno.



Marcel Proust, indispensable.

15, 16, 17, 18, 19 y 20) Menciono por último a algunos autores, en parte por “obligación” (su influencia, indudable), en parte por convencimiento: Juan Rulfo escribió sólo dos libros, quería leerlos, dijo; pienso que los querría leer cualquiera. Jorge Luis Borges fue tan inteligente siempre que resulta cargante a veces. Juan Benet es tan difícil como deslumbrante, si se sube uno a su corriente rueda. Gabriel García Márquez ha escrito dos obras maestras, *Crónica de una muerte anunciada* y *El amor en los tiempos del cólera*; pero se lo recordará por otro título. *Nuestros antepasados*, de Italo Calvino, es uno de los libros más deliciosos del siglo. Y Guillermo Cabrera Infante es el autor de “La amazona”: cien páginas.

Menos mal que se me agota el espacio. Mi memoria se va alegrando de haber vivido en un siglo tan fértil para la literatura, y no se calla. —

— JAVIER MARÍAS

LITERATURA

La ley de Heisenberg

Mezclar en una novela a la solitaria y casta Emily Dickinson con asesinatos, mormones y falsificaciones podría desatar una dormida *hubris* literaria por abuso de inverosimilitud. Sin embargo, Simon Warrall ofrece en uno de los últimos *The Paris Review* una larga historia policial real y enmarañada con todos esos elementos y tantos personajes implicados que me da pena reducirla.

Daniel Lombardo, curador de colecciones especiales en una biblioteca de Amherst, ve anunciado en un catálogo de Sotheby's el manuscrito a lápiz de un poema firmado *Emily*. En un ángulo alguien había aclarado: *Tía Emily*. Eran dos estrofas con varias mayúsculas y guiones, cosa habitual en Dickinson, a lápiz —también normal en ella por 1864—, letra similar a la suya y papel con membrete del Congreso, usado por ella en dos épocas de su vida. Planteaba dudas el propio poema, breve y plana reflexión acerca de los ignotos motivos de Dios. Pero un sobrino detrás de la *tía Emily* podía justificar un voluntario descenso de nivel.

De todos modos, Amherst, ciudad que cuida a su poeta como Boloña a Morandi o Barcelona a Gaudí, *debía* tener el nuevo original. Se acudió a varias instituciones, el entusiasmo llegó hasta los estudiantes, se alcanzó la cifra requerida, muy alta para las posibilidades de la biblioteca, y el poema fue comprado.

Para ingresar el documento al rico acervo de Amherst, Lombardo decidió reconstruir su historia. ¿Cómo llegó a Sotheby's? Ésta no estaba autorizada a revelarlo. Moviéndose en otra dirección llegó a saber que diez años atrás, un coleccionista, Mark Hofmann, ofrecía un manuscrito inédito de Emily D., que podía ser el mismo. Aquí empezó la pesadilla de Lombardo, que recordaba al personaje como un artífice de la falsificación, merecedor de muchas notas periodísticas. Su historia justifica los cuatro libros que se han ocupado de sus hazañas.

La primera víctima de Hofmann fue la iglesia mormona, a la que pertenecía su familia y de la que él pronto se separó. No tenemos espacio para repasar la curiosa historia que empieza en 1823, cuando el ángel Moroni elige a Joseph Smith, hijo, para presentarle las tablas doradas, escritas en *egipcio reformado*, que éste deberá traducir. Una copia de un fragmento llegó a manos de un profesor de lenguas clásicas, Charles Anton, y se perdió luego. Con ese tesoro empezaron los *descubrimientos* con los que Hofmann satisfizo durante una década la inocente urgencia mormona de sustentar una mitología creíble. Pero no se limitó a este dorado campo religioso. También la historia americana perdió documentos valiosos ante los cuales la pericia de Hofmann no se arredró. Hizo aparecer cartas de Lincoln, Daniel Boone, Mark Twain, entre otros. Después, el primer documento impreso en América del Norte, en 1639, en Massachusetts. Astuto, para eludir la perspicacia del carbono 14, fabricó el ácido tánico de su tinta, hirviendo un libro de la misma época, e imprimió el documento en una hoja arrancada de un libro de esa época de la biblioteca de la universidad Brigham Young. Pese a ciertas dudas, la del Congreso le pagó un millón y medio de dólares.

Pero Jano sobrevive en la especie humana. Este falaz artífice amaba las antigüedades verdaderas y gastaba fortunas en adquirirlas. Como era buen padre de familia, fue armando para sus cuatro niños una colección de primeras ediciones firmadas —Melville, Lewis Carroll, Beatrix Potter— que además constituían un aval serio para sus tesoros fantásticos. En 1985, debía a los bancos más de un millón de dólares.

Warrall imagina, por alguna última compra de Hofmann, que éste planeaba utilizar el pasado judío-norteamericano. Pero la bancarrota lo asediaba. Los bancos empezaron a preocuparse. Su teléfono no respondía. Steve Christensen, un cliente de años, al que pensaba vender el resto de sus *documentos mormones*, empezó a recelar. Podía volverse una amenaza. El 15 de octubre de 1985

estalló un paquete con clavos en la oficina de Christensen. No parecía destinado a ser mortal, pero un clavo entró por un ojo al cerebro y lo mató de inmediato.

El mismo día, en un intento de que la policía se perdiera en una falsa pista, en la casa de un socio de Christensen en una fracasada compañía de inversiones, estalló otra bomba sobre el estómago de su esposa, que la encontró.

La tercera bomba explotó en el propio auto de Hofmann, novato en estas fabricaciones, hiriéndolo en la pierna y en la cabeza, sin gravedad.

Cuando llegó la policía, en la calle volaban documentos históricos, falsos y genuinos, y un trozo de papiro egipcio. En febrero del 86, arrestaron a Hofmann, como responsable de las dos muertes. La bomba que explotó en su carro estaba destinada, en un desesperado intento de borrar el rastro de sus falsificaciones, a Brent Ashwood, uno de sus grandes compradores en Provo, Utah. A Ashwood, Hofmann le había ofrecido tiempo atrás un manuscrito de Emily Dickinson, sabiéndolo devoto de su obra. Éste, sin los fondos que la compra exigía y no gustándole el poema, lo dejó pasar. Tiempo después lo vio enmarcado en una galería de Las Vegas, que se surtía con Hofmann.

Este fue el panorama que se desplegó ante Lombardo, cuando quiso saber la historia de su manuscrito. Con natural angustia por haber embarcado a su biblioteca en una aventura por una falsificación —hasta parientes de Emily Dickinson que vivían en Inglaterra habían viajado a la ceremonia de ingreso del poema— Lombardo, que ya había acudido a expertos que lo daban por bueno, leyó un libro sobre Hofmann que mencionaba a Dickinson entre los autores falsificados. Un nuevo experto descubrió en el papel un tratamiento químico extraño y anormalidades en el trazo de ciertas letras. Con eso, Lombardo logró que Sotheby's reintegrara sin problemas a la biblioteca el dinero invertido. Un trámite normal, cuando hay de por medio una falsificación. Al

final vino a enterarse de que Hofmann se había salvado de la sentencia de muerte mediante la entrega de su lista completa de sus *labores*. Por lo visto, más importante que castigar las muertes era restaurar la confianza en el mercado de *antics* (pero los últimos escándalos sobre las dos principales casas de remates la vuelven a estremecer). Al fin, Lombardo, visitando a Hofmann en la cárcel, se enteraría de todos los pormenores técnicos del minucioso trabajo, trabajo de un falsificador y de un fino crítico literario, que ahora escribía la sección “Ajedrez” del diario de la cárcel.

■

El *Martín Fierro*, en verdad, no fue escrito en el Uruguay. Digo *en verdad*, porque muchas obras rioplatenses, circulando en ediciones argentinas, pasan por tales y porque, ¡ay!, el Viejo Vizcacha, personaje artero y lleno de duplicidad, Polonio de rancho, “es muy nuestro”, según suele decirse allá como colmo de encomio. Encontrar en *Bluff de parole*, de Gesualdo Bufalino, libro donde el escepticismo nos congela, estas palabras tibias referidas a José Hernández, me emociona un poco: “Aquí me pongo a cantar...” El impulso al canto, que se percibe tan surgente en los labios de un *Martín Fierro*, ¿cómo encontrarlo hoy de nuevo en nuestros corazones agotados, sobre nuestros labios astutos?...” ¿Será por esa curiosidad de tantos de sus escritores hacia lo hispanoamericano, y en general por ese interés de fronteras afuera de una literatura que se siente un tanto acordonada dentro de las suyas, que hace mucho que la cultura italiana me parece una de las más jóvenes y atendibles de la vieja Europa? —

— IDA VITALE

CARTA DE BARCELONA

Nantes como espectáculo

De la ciudad de Nantes dijo André Breton que era, junto a París, el único lugar de Francia

donde tenía la impresión de que en cualquier momento podía ocurrirle algo que valiera la pena. Esperando que fuera cierto lo que la frase decía, viajé el otro día a Nantes, elegante ciudad de provincias, ciudad fluvial aireada a los cuatro vientos, ciudad abierta y, sin embargo, ciudad encerrada, ciudad literaria: Jules Verne, Jacques Vaché y Julien Gracq nacieron en ella o en sus alrededores.

Paseando por el increíble pasaje Pommeraye —que se conserva idéntico a cuando era uno de los centros neurálgicos del surrealismo—, pensé en lo que escribiera Roland Barthes sobre Bayona, la ciudad de su infancia: “Bayona, Bayona, ciudad perfecta [...], la provincia como espectáculo, la historia como olor, la burguesía como discurso”.

Lo que Barthes dijo de Bayona puede perfectamente aplicarse a Nantes, ciudad donde se hace palpable a todas horas el espectáculo de la provincia. Fui a Nantes invitado a intervenir en las clases de una escuela única en Europa, un centro de formación profesional de editores que dirige Yves Douet y coordina Patrice Viart, dos emprendedores ciudadanos de Nantes que han puesto en práctica una buena idea: A lo largo de cursos anuales limitados a 25 alumnos seleccionados de entre un gran número de aspirantes, se enseña a editar, se facilita que a fin de curso cada uno de los 25 estudiantes se haga responsable de la edición de un libro, cuyo título ha sido elegido previamente por ellos. Cada año de la escuela de Nantes salen 25 editores potenciales. Creo que es obvio que se trata de una feliz iniciativa en un momento en que todas las previsiones hablan de gigantismo en la industria editorial y nos auguran un futuro amenazante en el que podrían desaparecer las pequeñas librerías y, por supuesto, los pequeños editores. En Nantes viven de espaldas a estos augurios y educan a gente joven en el gusto por la edición de literatura minoritaria y de calidad.

La experiencia de Nantes me ha parecido enormemente interesante y ojalá esta crónica sirva para que otras

localidades tengan iniciativas de este estilo. Las ciudades de provincias —si cuentan con ayuntamientos inteligentes y dotados de un sentido culto del espectáculo, de ese espectáculo provinciano del que hablaba Barthes— las veo yo ideales para organizar acontecimientos tan dinámicos y estimulantes como el de Nantes, ciudad en la que, a lo largo de tres intensas jornadas y en compañía de editores españoles independientes, he tenido ocasión de recorrer sus literarias calles y conversar sobre el mundo del libro con futuros defensores del mismo.

Literarias calles de Nantes. En ellas me ha ocurrido más de una cosa que valga la pena. Por ejemplo, he podido reconstruir con la imaginación el Nantes anterior al nacimiento de Verne, aquella ciudad que hacía gala de una potente casta de armadores y traficantes, propietarios de flotas en el Loira y de tierras en las Antillas. Cuenta Alberto Savinio que, en el corazón de aquella Nantes, los llamados por el pueblo llano *plantadores de Santo Domingo* habían edificado un barrio privado, una ciudad de *Las mil y una noches*, palacios sostenidos por caríatides, jaulas sonoras de pajarillos de las islas, plantas barbudas y flores espantosas como fuegos artificiales: “Cuando Verne paseaba siendo joven por los canales de ese puerto fluvial y la vista se le extasiaba ante los bergantines y los paquebotes flamantes, los *plantadores de Santo Domingo* habían muerto hacía tiempo y sus riquezas se habían disipado, pero un tenue resplandor del antiguo brillo duraba todavía entre las ruinas de la ciudad privada. En el aire reinaba un perfume colonial”.

Nantes como espectáculo literario. Recién llegado a la ciudad, me enteré de que era allí donde, en el Grand Hotel de France, se suicidó en 1919 Jacques Vaché, la gran leyenda del surrealismo, joven muerto por sobredosis de opio en el centro neurálgico de la ciudad. Vaché ha sido siempre un mito para mí, aparece y reaparece en mis libros; en el último que he escrito, viste ropaje *bartleby*, pues no en vano su caso es único: ha-

biendo escrito tan sólo unas cuantas cartas a Breton, y gracias a la ley del mínimo esfuerzo, figura en lugar preferente en todas las historias de la literatura francesa.

En Nantes, frente al inmueble que en su tiempo albergó al Grand Hotel de France, mirando fijamente a la ventana donde el escritor encontró la muerte por opio, rendí un homenaje privado al gran Vaché, el mismo que, antes de su suicidio, se paseaba a veces por las calles de su ciudad vestido de uniforme de teniente de húsares, de aviador o de médico. Vestido de soldado lo vio Breton el día en que, en un hospital de Nantes, le conoció y quedó impresionado para siempre, pues la sombra del furtivo poeta le acompañó toda la vida, hasta el punto de que, muchos años después de aquella muerte por opio, Breton creía ver su sombra agazapada detrás de las columnas de los templos más insólitos. “Me creeréis desaparecido —le había dicho un día a Breton—, me creeréis muerto y un día os enteraréis de que un tal Jacques Vaché vive retirado en Normandía y se dedica a la cría de ganado y os puede presentar a su mujer, una muchacha inocente, bastante bonita, que no se habrá dado cuenta jamás del peligro que ha corrido. Sólo algunos libros (muy pocos, ¿eh?), cuidadosamente guardados en el piso de arriba, atestiguarán que algo ha sucedido”.

Literarias calles de Nantes. En ellas me ha sucedido más de una cosa que valga la pena. Por ejemplo, rindiendo secreto homenaje ante el cuarto de hotel de Vaché, un alumno de la escuela de editores me habló de Julien Gracq —otro *bartleby*, el más grande escritor vivo de Francia— y se ofreció para ponerme en contacto telefónico con él. Me pareció demasiado, demasiadas emociones para una estancia tan breve en la ciudad de Verne. Y preferí no hacerlo, preferí dejar a Gracq tranquilo. Y así poder yo quedarme tranquilo y abandonar la ciudad con engañosa calma, con la falsa sensación de haber presenciado tan sólo el tranquilo espectáculo de una ciudad de provincias.

Pero bien sé que la sensación era falsa. En Nantes no existe el reposo libresco, no es posible en Nantes cualquier atisbo de una mínima calma literaria. —

— ENRIQUE VILA-MATAS

CIENCIA

La promesa de las células madre

El desfile de inválidos neuronales que se acercan lastimosamente hacia el célebre complejo hospitalario La Pitié-Salpêtrière pasa inadvertido para la mayoría del público y a mí me anuncia que estoy cerca de cumplir a tiempo con mi cita. Mientras cruzo por la capilla veo en la figura de un enfermo de Parkinson o en el rostro desencajado de una mujer que, tal vez, ha olvidado los colores de la revista que acaba de ver mientras esperaba a su médico, toda la esperanza en una frase que puede cambiar nuestro concepto de vida en las próximas décadas: las células madre.

¿Qué son?, ¿de dónde salen?, ¿por qué el Papa condenó su investigación? Me encontré con el profesor Constantino Sotelo, una de las autoridades en Francia y el mundo para hablar de este tema candente y delicado:

Se sabía ya desde 1969, gracias a los trabajos de Joe Altman, que en algunas regiones del sistema nervioso adulto, como el bulbo olfatorio y el hipocampo, podía haber proliferación celular. Pero el trabajo seminal lo realizó Sam Weiss, en Canadá. Él encontró lo que se conoce como las células madre. Observó que dichas células eran pluripotentes y tenían la capacidad de diferenciarse en los tres elementos celulares que pueblan el sistema nervioso central, neuronas, astrocitos y oligodendrocitos. A partir de esos trabajos, publicados en 1992, ha habido una búsqueda enorme de células madre.

Sabemos también que las células madre son capaces de originar células sanguíneas. Además, los embriones tienen una masa celular indiferenciada donde hay células madre embrionarias que, cuando se cultivan, son capaces de dividirse y dar origen a multitud de nuevas células madre, las cuales guar-

dan su poder de pluripotencialidad y pueden transformarse en neuronas, células musculares y células sanguíneas. Puede usted entender el campo enorme que se abre delante de nosotros, las posibilidades magníficas que vamos a tener desde una caja de Petri. Podremos cultivar células y proyectar su diferenciación, ya sea hacia el estado neuronal, hacia el estado oligodendroglial o hacia el astrocitario.

¿Cuáles serían los beneficios?

Enfrentar por primera vez, seriamente, el mal de Parkinson, el de Huntington y, en general, todas las enfermedades neurodegenerativas. Aunque es imposible saber a qué velocidad puede avanzar la ciencia para alcanzar una verdadera terapia. Lo que parece seguro es que, a partir de estas células madre, podremos disponer de capacidad celular para reparar parte del sistema nervioso central por trasplante. Podremos elegir la diferenciación de estas células. Por ejemplo, si decidimos que sea oligodendrocitaria, tendríamos una serie de oligodendrocitos capaces de remielinar placas de la esclerosis múltiple. Aquí destaca la investigación del español Ernesto Arenas, quien a partir de células madre ha conseguido que las neuronas produzcan tiroxida, la enzima necesaria para la síntesis de la dopamina. A partir de células muy diferenciadas, tratándolas con factores neurotróficos y con factores mitógenos especiales, ha conseguido orientar la diferenciación neuronal de estas células hacia células dopaminérgicas. Así que si tales células mantienen la expresión de su genotipo, una vez que han sido trasplantadas tendríamos un material extraordinariamente rico para tratar la enfermedad de Parkinson, pues no habría necesidad de ir a buscar células de la sustancia negra del feto y extraerlas para su trasplante. Déjeme aclararle que aquí no estamos sólo frente a un problema ético sino frente a un problema práctico, pues la supervivencia de las células trasplantadas es pequeñísima. Y cuando se trasplanta a un enfermo parkinsoniano, digamos, unas docien-

tas mil células, finalmente se va a quedar con dos mil, tres mil a lo sumo.

¿Qué hace falta, entonces?

Hay que poner muchas regiones del mesencéfalo, y esto quiere decir disponer de muchos embriones humanos. Por si fuera poco, los embriones deben de tener entre quince y 21 semanas. Ya se imaginará el problema que tenemos para poder tratar enfermos de Parkinson con esta terapia, que, por lo demás, parece tener buenos efectos.

Ahora bien, si se consigue dominar la diferenciación de las células madre, dispondríamos de ellas directamente de la sala de cultivos y se podrían trasplantar a la gente. Esto sería una especie de panacea para el tratamiento de algunas enfermedades, claro, a condición de que la trasplante tenga una acción curativa en estos enfermos, que no siempre es el caso. Uno de los problemas esenciales desde el punto de vista ético que tiene que afrontar un investigador es saber limitar su entusiasmo y no dar falsas esperanzas a los enfermos y sus familias. Estoy harto de ir a los Estados Unidos y escuchar en las noticias de los grandes descubrimientos que hacen los norteamericanos, y que ya hemos triunfado sobre las enfermedades neurodegenerativas y el cáncer, que ya dentro de poco el Alzheimer no será un problema. Todo eso es falso. Es verdad que se han hecho progresos extraordinariamente importantes, pero yo no creo que tengamos aún una terapia para el cáncer o las enfermedades neurodegenerativas. Creo, porque creo en la ciencia, que sí las vamos a tener. Pero nadie puede decir si será mañana o dentro de veinte años, o quizá dentro de un siglo. —

— CARLOS CHIMAL

CINE

El año del perro

En alguna mitología debe existir una leyenda que simbolice el destino del cine mexicano: en el año 2000 afinó sus rasgos como una

posible industria que surja, al fin, de las ruinas de la anterior y, sin embargo, al final del año debe empezar todo otra vez desde cero, para cumplir la condena de depender de los favores gubernamentales, los borrones sexenales y, ahora, la incertidumbre del cambio de régimen.

Primero, las buenas noticias. Durante tres años, la Cámara Nacional de la Industria Cinematográfica puede entregar su premio Taquilla de Oro a una película mexicana, *Amores perros* de Alejandro González Iñárritu, que disputó el público al cine norteamericano en la temporada más alta: el año pasado, *Sexo, pudor y lágrimas* superó en ingresos a *La amenaza fantasma*; este año parece que la cinta de González Iñárritu no pudo repetir la hazaña frente a *Dinosaurios* de Disney, pero dio digna pelea. En el reencuentro entre el cine mexicano y el público hay diversas percepciones. La más falsa es la de la estabilidad: aunque el camino lo abonaron en los primeros meses del año, la excelente recepción que tuvo *La ley de Herodes*, de Luis Estrada, potenciada por el escándalo de la censura a finales de 1999, y de *Todo el poder* de Fernando Sariñana, no pasó lo mismo con *Ave María* de Eduardo Rossoff, mucho más intelectualizada y arriesgada; aun *La segunda noche*, reelaboración y maduración en clave femenina del universo adolescente de *La primera noche*, no pasó de un éxito mediano (hace dos años *La primera noche* se llevó su Taquilla de Oro correspondiente).

Ahora, las malas. ¿Qué pasó mientras *Amores perros* arrasaba con la taquilla? ¿Qué muy poca gente se asomó a ver la comedia política *En el país de No pasa nada* de Maricarmen de Lara, o la curiosa parábola del mundo en suspenso *En un clarooscur de la Luna* de Sergio Olhovich. Claro, es pedir demasiado que convoquen multitudes exquisiteces poéticas como *Bajo California: en el límite del tiempo* de Carlos Bolado o *Del olvido al no me acuerdo* de Juan Carlos Rulfo, o alucines personalísimos como *Rito terminal* de Óscar Urrutia. Pero el impacto de *Amores perros* y de *Por la libre* de Juan

Carlos de Llaca (y en un punto menor, de *Crónica de un desayuno* de Benjamín Cann) nos lleva al nivel real en que el cine mexicano se debate por oxígeno: la promoción, la distribución y la exhibición.

En los últimos treinta años, el cine mexicano gira en torno a un solo poder central. Durante el echeverrismo fueron el Banco Cinematográfico y sus emanaciones gubernamentales; durante el lopezportillismo fue Televisión, la productora engendrada por Televisa y que vio, en un par de años, pasar su producción de cuatro a 19 largometrajes (1979-1981); desde el delamadridismo, fue el Instituto Mexicano de Cinematografía, tabla de salvación, torre de marfil, muro de lamentaciones y arca de la alianza de todo cineasta que aspirara a hacer carrera en los festivales internacionales.

Pero a lo largo de los sexenios, Imcine nunca resolvió, porque para una entidad subsidiada eso no es prioritario, la comercialización de los productos que se producían con los impuestos de los contribuyentes. Los éxitos de taquilla del salinismo (*La tarea*, *Como agua para chocolate*, *Rojo amanecer*) tuvieron básicamente financiamiento particular, mientras el material emanado directamente de Imcine se perdía en la indiferencia del público.

Con la venta de la paraestatal de exhibición Compañía Operadora de Teatros y la entrada de complejos de exhibición más afines a Hollywood (Cinemark, Cinemex), la situación para los productores de Imcine sólo ha empeorado.

Hay nuevos poderes. Primero, la productora Altavista Films. Creada hace dos años, tiene su propia distribuidora (Nu Visión), su promotora (Consecuencias) y fuertes nexos con la cadena de cines Cinemex. De ella son *Todo el poder*, *Amores perros* y *Por la libre*, con los resultados arriba apuntados. Pero apoyan lo que les interesa: fue notable la diferencia entre el apoyo a esas

películas y el desinterés hacia las de Maricarmen de Lara y Juan Carlos Rulfo, manejadas por Nu Visión. El otro poder es Argos, productora de telenovelas que pasó al cine con *Sexo, pudor y lágrimas* (distribuida por 20th Century Fox) y consiguió otro éxito, menos notable, con *Crónica de un desayuno* (distribuida por Columbia Pictures); sus planes de producción del 2001 son de seis largometrajes. La promoción es la clave ahora: Televisión desapareció para convertirse en Videocine, y su manejo de *El último profeta* de Juan de la Riva y de la cinta de Olhovich sólo condujo al fracaso. Pero la promoción es un monstruo; ya se vio en 1999, cuando pese a la permanencia en cartelera de *Santitos* las cuentas no salieron por el excesivo costo de la publicidad (planas a todo color en los diarios, página en internet, *gadgets*, espectaculares en la vía pública), que es la amenaza que pende sobre el saldo final de *Amores perros*.

El 15 de noviembre, Alejandro Peláyo informó sobre su año de gestión al frente de Imcine: enlistó quince pelí-

culas producidas. Ninguna se exhibió comercialmente en el año. Durante dos años, por concepto de exhibición, la dependencia acumuló trece millones y medio de pesos, que se destinarán a la producción.

¿Para cuántos proyec-

tos alcanza esa suma? Para tres muy austeros, si acaso. Pero ¿para qué hacer cuentas? El nuevo régimen no se ha declarado respecto a su compromiso con el cine: ¿le interesa la existencia de la Cineteca Nacional, de Imcine, del cine apoyado por el gobierno? ¿Tiene alguna postura respecto a las leoninas condiciones con que el TLC salinista amarró de manos al cine mexicano? Una vez más, se está en la casilla de salida, con todo el camino por recorrer.

La Muerte fue puntual y cruel con nuestros ídolos. En enero fallecieron Wolf Ruvinskis y Meche Barba, en marzo Begoña Palacios, en abril Kitty

de Hoyos, el pintor y, para el cine, argumentista y escenógrafo Gunther Gerszo y esa figura entrañable que fue el editor y difusor de la música en el cine (su programa en Radio UNAM fue una obligación para los cinéfilos) Rafael Castanedo; en mayo René Muñoz (*San Martín de Porres* por siempre), en septiembre Juan Ibáñez y en octubre la voz de nuestra desolación, Cuco Sánchez. —

— GUSTAVO GARCÍA

CRÓNICA

Nos invitó Fox a comer en Oaxaca (mole frío)

Una semana antes de la toma de posesión de Fox, recibí una llamada de su secretaria particular para invitarme a una comida con creadores e intelectuales en la ciudad de Oaxaca, el 2 de diciembre, “a las dos de la tarde en punto”. El banquete estaría presidido por el propio Fox, “en un afán por estrechar sus lazos con la comunidad artística y cultural de México”, y, durante el mismo, Sari Bermúdez, la flamante directora del CNCA, expondría su programa de cultura y daría a conocer algunos nombramientos importantes. Agradecí la invitación y pedí dos días para confirmar mi asistencia. Ajeno al mundo de la política y apartidista como soy, celebré, sin embargo, la caída del PRI, el meritorio triunfo de Fox y el ejercicio real de la democracia en México; así que decidí viajar a Oaxaca.

Cuando confirmé mi asistencia, la secretaria me informó que no cubrían gastos de hospedaje ni de avión, sólo el banquete y un autobús que saldría a Oaxaca el mismo día 2 a las ocho de la mañana. Me puse de acuerdo con Aurelio Asiaín, quien también decidió asistir, y al cuarto para las ocho nos presentamos en una oficina de “Logoterapia”, ubicada en la calle Séneca, en la colonia Polanco. Una secretaria nos ofreció café, nos buscó inútilmente en la lista de “confirmados” y nos registró a lápiz y con errores (Aurelio, siempre tan orientalista, resultó el señor “Sian”



La película del año.

y yo, simpatizante de los gansos y aficionado al pathé, el señor "Igancio"). En el grupo de "creadores e intelectuales" sólo pudimos identificar al director de orquesta y compositor Sergio Cárdenas, quien nos comentó que a él y a los demás colegas los habían citado a las siete de la mañana en punto, hora desde la que esperaban el autobús. En lugar suyo llegaban solamente camiones de la basura, que Sian, Cárdenas y yo anunciamos por turnos como nuestro digno y ansiado vehículo de transporte. Tiempo largo tuvimos también para explorar el centro de Logoterapia y leer el folleto que da la bienvenida a una institución contra el sufrimiento físico, mental y espiritual. A las nueve de la mañana me pareció claro y consecuente que nos hubieran citado en una institución contra el sufrimiento, ubicada además en la calle que rinde honores a un filósofo estoico. A las diez, estoicos y todo, el hambre nos lanzó al Oxxo de la esquina, donde providencialmente fuimos salvados de los chiclosos lonchibones por un carrito de macizas y masudas tortas de tamal. Fue a las diez y media, creo, cuando habló el chofer. Contestó la secre y secreteó al encargando la información que se encargó él de divulgar: que ya venía, desde Coapa, que no nos preocupáramos porque lo conocía muy bien —desde la infancia— y manejaba rete rápido. A las once con doce minutos y trece segundos, incrédulos en más de un sentido, cruzamos con nuestras maletas Avenida Masaryk para abordar el mismo autobús que... muchos kilómetros después... cerca de las cinco de la tarde, nos depositó a dos cuadras de Santo Domingo, magna sede del convite.

En la explanada había un gendarme que frenó nuestra ya larga trayectoria (no cultural sino kilométrica): "No pueden pasar. Además, pa'qué, si la comida ya terminó".

Veinte minutos más de espera nos doraron bajo el sol de Oaxaca, al cabo de los cuales recibimos la orden de acercarnos a la reja de acceso. Esa última aduana me puso nervioso, pues un guardia pasaba lista de "confirmados", y

a mí tanto las listas de asistencia como las confirmaciones me potencian y actualizan traumas. Ahora bien: no entiendo por qué yo sí la libré y mi amigo, el señor Sian, no; el hecho es que me despedí de él mientras oía a lo lejos su argumento irrefutable y vano: "Entonces, ¿para qué me hacen venir hasta acá?" No pude reprimir una carcajada, como tampoco dejar de pedir auxilio para el señor Sian, literalmente tras las rejas. Llegó él cuando saludaba yo a Eduardo Lizalde y Arturo Rivera. Nos enteramos de que la comida no había comenzado, de que Fox ya venía en camino, y vimos que una buena porción de la concurrencia iba cayendo presa de una borrachera de mezcal. En el preciso momento en que imploraba yo unas bebidas, llegó Fox, quien dijo que tenía primero la palabra el gobernador de Oaxaca; cayó una lluvia de aplausos, bastante intempestiva, y el señor gobernador dijo, en efecto, unas palabras: pocas y poco memorables. Enseguida, el presidente Fox dijo otras, igualmente. Bueno, no: pocas y un poco más memorables. Que Oaxaca era en un estado muy hermoso, pero que ya tenía que irse a Monterrey. Que lucharía sobre todo por los marginados, etc. Luego retomó Fox el micrófono para pedir disculpas por no mencionar a los intelectuales, creadores, artistas, que lo acompañábamos; que no había sido nada personal. Cedió la palabra a Sari Bermúdez. Nada de programas de cultura ni nombramientos altos ni diálogo con los comensales; la afable comunicóloga informó: "El primer nombramiento de cultura es para Oaxaca: la directora de Culturas Populares es Griselda... Griselda..." ...y le pasaron un acordeón para que mencionara el apellido, Galicia, que particularizaba notoriamente a esa Griselda. Más aplausos. Fin de la fiesta.

Fox probó mole, estrechó manos, besó mejillas y partió, seguido por Sari y su séquito, mientras los invitados sin anfitrión aprovechábamos para beber, por fin, unos tragos y comer mariscos, arroz y pollo en mole negro... frío. Pensé en Pessoa, en: "¿Por qué, si pedí callos a la portuguesa, me los trajeron

fríos?"... Apurado el mole frío, comenzó la dispersión intelectual. No la divagación alegre: la huida. Cada quien desamarró el chal oaxaqueño de su silla, se cubrió con él para protegerse del frío y se fue. Era tiempo de rescatar equipaje del autobús estacionado a diez cuadras, buscar hotel otras tantas a pata, rematar el día en el zócalo con amigos y mezcales escépticos.

¿Por qué un día después de entrar con pie derecho en Los Pinos apretujó innecesaria e irrespetuosamente su agenda Fox? La mejor interpretación sólo puede emprenderla un ausente visionario: "Por lo pronto creo que es un acierto el hecho de que Sari Bermúdez haya sido elegida para el Conaculta, y creo que estos encuentros como el de Oaxaca van a ser de mucha importancia" (José Luis Cuevas, *La Jornada*, 8/XII/ 2000).

— LUIS IGNACIO HELGUERA

MUNDO EDITORIAL

Más que una empresa

Borges retrató a un cartógrafo empeñado en levantar el mapa del mundo a escala natural. A escala natural se ha reproducido ahora la polémica habida en la Feria de Francfort en 1991, cuando el Ministerio de Cultura aún lo era y estaba encabezado por el socialista Jordi Solé Tura. España era el país invitado y allí se distribuyó un librito de presentación de las letras peninsulares del que fueron excluidos muchos autores que no gozaban del aprecio institucional (por ejemplo, Antonio Buero Vallejo). Ahora, en la Feria del Libro de Guadalajara, en la que España también es la nación invitada, el Ministerio ha distribuido otro librito de presentación en el que se prima, como ha señalado Juan Manuel de Prada y han difundido "casi" todos los periódicos, a los autores de un determinado grupo editorial, parte contratada de otro proyecto cultural. Paradoja: en 1991 gobernaba el Partido Socialista y hoy lo hace el Popular. Quizá el error ha sido tropezar dos veces con la misma

piedra. Cualquier presentación, por exhaustiva e imparcial que sea, siempre dejará fuera de juego a alguna figura que seguramente se sentirá ofendida. Si es cierto que el ensayito escrito por Fernando Valls destacaba muy especialmente a los narradores de su grupo editorial y a los columnistas afines (no aparecen nombres como Jaime Campmany, Alfonso Ussía o Raúl del Pozo), desconocía a importantes escritores ajenos (por ejemplo: Terenci Moix, Antonio Gala, Francisco Umbral o el propio Prada, que venden por centenares de miles sus libros) y le propinaba un puntapié a Camilo José Cela quien, nos guste o no, es uno de los dos premios Nobel vivos de nuestra lengua.

En fin, el fondo de la cuestión es otro y nada incierto. Prada, a quien secundaron Sánchez Dragó y Armas Marcelo, denunció la existencia de un canon estético que se ha instalado en la vida cultural española y que se defiende desde esa fortaleza mediática que modula el gusto y la opinión desde el periodismo, desde sus editoriales, desde la televisión y desde el cine. ¿Tiene la culpa la empresa? Por supuesto que no: tiene en nómina a los mejores empresarios.

Borges retrataba a Pierre Menard, un escritor empeñado en la ardua tarea de escribir el *Quijote*, letra por letra y con la misma ortografía y caligrafía que las utilizadas por Cervantes, aun a sabiendas de que existían la primera novela y su autor. Pierre Menard al menos era original (escribiría el *Quijote* del siglo xx) como original era la idea del cartógrafo. Mucho menos originales son los responsables de la política cultural española, amanuenses y cartógrafos de un proyecto heredado, que casi tiene los mismos protagonistas que los de hace nueve años. ¿Los mismos protagonistas? En clave: casi los mismos beneficiarios y casi los mismos ninguneados. El modelo no ha variado. Y es que aquí no ha pasado nada ni con mayoría relativa ni con mayoría absoluta, el modelo es el mismo, cómodo y reversible: progresismo venial (llámese lo políticamente correcto), cultura de la

cortesanía y la adhesión, endogamia y, en fin, la cultura de los tópicos y no la de la crítica, la del compadreo y no la de las instituciones. La nueva derecha española ha emprendido reformas estructurales en la economía pero ha dejado la cultura como estaba. Tiene miedo a una tormenta cultural. Si hoy los ninguneados no se hacen oír, aquel proyecto cultural (cuyo origen se encuentra en la dictadura estética de la izquierda durante la larga noche del franquismo) de verdad estará cristalizando ahora por la ausencia de una alternativa real. Y es que aquel proyecto hoy es ya más que una empresa. —

— TULIO DEMICHELI

POLÍTICA

Bush: Un hombre peligroso

La presidencia de George W. Bush debería provocarles a las personas inteligentes miedo y estremecimiento. Una cosa era tener presidentes manchados de ilegitimidad en el siglo XIX, otra es tener a un presidente ilegítimo en total posesión de la maquinaria militar más poderosa en la historia del mundo. Rutherford B. Hayes, una mediocridad que perdió el voto popular



Georges W. Bush, flamante presidente de EE.UU.

y alcanzó la presidencia en 1888, no tenía la bomba de hidrógeno.

Las raras circunstancias que llevaron a George W. Bush a la Casa Blanca serán examinadas durante muchos años por los historiadores. Pero todos deberíamos preocuparnos ahora, en el pre-

sente. He aquí el problema básico: Bush intentará ser presidente en circunstancias que imposibilitan casi toda acción doméstica. El Congreso está partido casi exactamente a la mitad. Los republicanos —los únicos ideólogos verdaderos en los Estados Unidos del siglo XXI— se verán frustrados al intentar imponer creencias cristianas fundamentalistas a una nación multiétnica y multirreligiosa. Los demócratas —que aún creen en la habilidad de una nación para reparar sus desigualdades sociales— serán incapaces de llevar a cabo su propio programa moderadamente liberal. Los jefes del Partido Republicano en el Sur y el Medio Oeste seguirán viendo la presencia del Gran Satán entre los demócratas. Y muchos demócratas seguirán sin perdonar la rencorosa impugnación a Bill Clinton. Resultado: el *impasse*.

Entonces Bush se verá tentado a hacer lo que hacen casi todos los presidentes estadounidenses cuando no tienen logros domésticos: verá más allá de las fronteras de Estados Unidos. Intentará encontrar alguna pequeña nación a la cual golpear, envolver la agresión en un lenguaje florido e idealista y aparentar ser *presidencial*. Hablará de honor y sacrificio y del valiente soldado americano. Citará su alza en las

encuestas de opinión como prueba de su sabiduría y “valor”. En ese espíritu, John F. Kennedy —que ganó la elección de 1960 por apenas cien mil votos populares— permitió que la operación de Bahía de Cochinos se llevara a cabo, y mandó a Vietnam el primer número sustancial de tropas. Ronald Reagan se contentó con golpear a Granada mientras creaba y financiaba (ilegalmente) la guerra de los

Contras en Nicaragua. Bush padre fue tras Saddam Hussein en la guerra del Golfo y mató a dos mil seres humanos en Panamá para arrestar a Manuel Noriega en el operativo antidrogas más sangriento de la historia.

Es poco probable que George W.

Bush sea más prudente que sus predecesores. Muchos estadounidenses, guiados por caricaturistas y comediantes, creen que Bush —a pesar de sus grados en Yale y Harvard— es un poco burro. Durante la campaña, sus asesores lo escondieron sabiamente de los reporteros que pudieran hacerle interrogantes difíciles; lo empaquetaron con astucia, evitando cualquier atisbo de espontaneidad. En los 36 inciertos días posteriores a la elección, Bush parecía más incierto que nunca, mientras los chicos de papi (James Baker, Dick Cheney y otros) se aparecieron para manejar la dura batalla por Florida. De hecho, George W. parecía un *delfín* atemorizado, un niño rico desamparado y con el asunto fuera de su alcance, los ojos parpadeando ansiosamente en sus pocas apariciones públicas, como un prisionero de guerra en el Hilton de Hanoi mandando mensajes secretos en clave morse. El mensaje básico parecía ser: “¿Cómo salgo de esto?”

En una nación sensible, Bush se vería forzado a crear un gobierno de coalición, cambiando a Cheney (que lleva cuatro infartos) por un demócrata, formando un Gabinete con demócratas en algunos de los puestos más importantes. Nuevamente, esto es poco probable. Los ideólogos republicanos lo abandonarían; los demócratas quieren que fracase.

Así que debemos estar preparados para un melodrama armado. Bush no es un hombre de mundo. Su padre fue cabeza de la CIA, embajador en China y presidente de los Estados Unidos. El hijo se quedó en casa. Durante la guerra de Vietnam se apresuró a ingresar a la Guardia Nacional de Texas, defendien-

do los cielos de Houston. Sólo ha visitado dos países extranjeros, uno de ellos México (el otro parece que se le olvidó). Que se recuerde, fue el primer candidato presidencial que necesitó informes sobre geografía.

Pero sabe dónde está Irak, y está completamente consciente de lo que su padre no pudo hacer en ese país: quitar a Saddam Hussein. Un hijo en rivalidad con el padre puede ser un hombre muy peligroso. Para mostrar “liderazgo”, el nuevo presidente Bush puede desafiar a los aliados europeos de Estados Unidos y arriesgar otra crisis petrolera al aprovecharse de algún desaire —real o imaginado— para acabar con Saddam Hussein. Entonces obligaría a su padre a admirarlo y tendría un gran ascenso en las encuestas de opinión.

Bush también podría dejar que su mirada se posara en nuestro propio hemisferio. Es el décimo presidente que tratará con Fidel Castro (un dato increíble en sí mismo). Bajo la presión de los cubanos exiliados en Miami, que le ayudaron a “ganar” Florida, puede verse tentado a subir la presión, financiar una revuelta interna (al estilo de la guerra de los Contras) y entonces entrar militarmente para apoyar a las “fuerzas de la libertad”. Pero Cuba no es la única posibilidad. Colombia es mucho más peligrosa. Bush podría decirle a su auditorio doméstico que la alianza de las FARC con los narcotraficantes “no se tolerará”. Culparía a los marxistas colombianos —los perfectos oponentes— del problema de las drogas en Estados Unidos, y no a aquellos millones de estadounidenses que insisten en pagar dinero para embotarse con cocaína (muchos creen que entre esos millones

de consumidores de cocaína estuvo el joven George W. Bush). En lugar de iniciar un vasto programa de rehabilitación en Estados Unidos, podría expandir la guerra en Colombia. Sus asesores le dirían que dicha guerra uniría a su fracturado país; el tema de la rehabilitación acabaría en la página 17 del periódico.

Una guerra expandida en Colombia, ay, casi con certeza desembocaría en una guerra andina, con guerrillas surgiendo en todos lados, empujadas por el nacionalismo más que por el marxismo. Como debió enseñarnos Vietnam, nada une a un pueblo más efectivamente que la presencia de soldados extranjeros. Una guerra andina podría ser una calamidad para todos en la región. Las tropas estadounidenses regresarían a Panamá para “proteger el Canal” y para negarle refugio a los cuadros de la guerrilla (y a los narcobanqueros). Perú ya se tambalea; el ejército podría verse tentado a acabar con la democracia “por razones de emergencia”. Todas las naciones del hemisferio, comenzando con México, se verían presionadas a tomar partido.

Espero que nada de eso suceda. Espero que Bush resista todas esas tentaciones. Pero en 2002 habrá elecciones para el Congreso en Estados Unidos. El Partido Demócrata, amargado por la elección presidencial, conseguirá cada voto posible para tomar el control del Congreso. El *delfín* se verá bajo una intensa presión de sus asesores para hacer algo dramático. Todos debemos estar preparados para un panorama con cadáveres. —

— PETE HAMILL

Traducción de Santiago Bucheli

• Administración Educativa • Administración • Calidad • Docencia Universitaria • Docencia Jurídica • Enseñanza Superior • Recursos Humanos • Ingeniería Económica y Financiera
• Planeación y Sistemas Empresariales • Sistemas Computacionales • Administración de Instituciones de Salud • Negocios Internacionales • Filosofía Social •

MAESTRÍAS



UNIVERSIDAD LASALLE

Sesión de Información: 15 de febrero 2001 • Examen de admisión: 2 de marzo 2001 • Tel. 5728-0500 Ext. 1060, <http://www.ulsal.edu.mx>